

# **Unionismo centroamericano en la era de las intervenciones imperiales. Presencia en la revista Repertorio Americano (1919-1939).**

Andrés Mora Ramírez.

Cita:

Andrés Mora Ramírez (2019). *Unionismo centroamericano en la era de las intervenciones imperiales. Presencia en la revista Repertorio Americano (1919-1939)*. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/1426>



## Unionismo centroamericano en la era de las intervenciones imperiales. Presencia en la revista *Repertorio Americano* (1919-1939)

Andrés Mora Ramírez

### Resumen

El objetivo de esta ponencia es caracterizar el pensamiento unionista centroamericano, sus apropiaciones y disputas, en tanto manifestación del pensamiento crítico de los intelectuales de la región en las primeras décadas del siglo XX, y situar sus contribuciones específicas a la construcción del imaginario de la unidad nuestroamericana. Para ello, se analizó un corpus de textos publicados en la revista *Repertorio Americano*, entre los años 1919 y 1939: este período se inscribe en la llamada *era de las intervenciones imperiales*, en la que las administraciones estadounidenses ejecutaron una agresiva política intervencionista en América Central y el Caribe. En ese contexto, *Repertorio Americano* se constituyó en una revista emblemática del campo político y cultural de la región, que abrió sus páginas a la difusión de un pensamiento crítico y utópico, todavía no suficientemente reconocido y valorado en América Latina, que tuvo como uno de sus pilares el ideario unionista centroamericano –y latinoamericano, en sentido amplio– como respuesta al avance del imperialismo y a las contradicciones del proyecto liberal-oligárquico.

### Palabras clave

Centroamérica, imperialismo, unionismo centroamericano, pensamiento crítico, historia intelectual.

### Introducción

En un breve artículo publicado en 1923 en *Repertorio Americano*, la revista editada por Joaquín García Monge en San José de Costa Rica, el poeta y ensayista guatemalteco Rafael Arévalo Martínez (1923, p. 62) confesaba su admiración por lo que consideraba un caso único en la historia: “el deseo de los cinco Estados centroamericanos de formar una sola nacionalidad”; una unión que “han anhelado largamente, (...) durante casi una centuria”, y cuya concreción había consumido la vida de muchos de sus más destacados líderes políticos y de sus más brillantes intelectuales. “Las generaciones de patriotas se han hundido en la tumba con el dolor de que no se realizase el magno ideal, esperando



que sus hijos, más dichosos que ellas, viesan surgir el hecho de entre sus sueños” (p. 63), concluía Arévalo Martínez.

En efecto, sólo unos pocos años después de conmemorarse el primer centenario de la independencia de las provincias de la antigua Capitanía General de Guatemala del Reino de España, declarada en setiembre de 1821, ya era amplio el historial de de proyectos unionistas que se habían propuesto reeditar aquella primera experiencia de la Federación Centroamericana que encabezó Francisco Morazán, entre 1824 y 1838.

En lo más inmediato al período que nos ocupa en este estudio, encontramos el fugaz y personalísimo intento de unión regional por la vía de las armas que desplegó en 1885 el general guatemalteco Justo Rufino Barrios; también, la creación de los Estados Unidos de Centroamérica en 1898, por parte de los gobiernos de Nicaragua, Honduras y El Salvador, bajo el liderazgo del presidente nicaraguense José Santos Zelaya, un proyecto interrumpido como consecuencia de un golpe de Estado perpetrado en tierras salvadoreñas; por su parte, Estados Unidos avanzó sus propias iniciativas de tutela, unidad y *pacificación* de los conflictos en una región por demás inestable, con los llamados Tratados de Washington de 1907 y 1923. Y en vísperas del centenario de la independencia, en 1920, se aprobó el Pacto de San José -o Pacto de Unión de Centroamérica-, que no alcanzó mayor trascendencia política (Fonseca, 2001). En todos estos casos, el desenlace fue el mismo: la fatalidad del sueño de la unión.

A la luz de lo que algún observador externo de la historia centroamericana podría llamar, con no poca razón, un inventario de fracasos, emerge -implacable- una pregunta: ¿cómo puede explicarse la persistencia de aquella utopía, en una región de nuestro continente marcada por la balcanización, las disputas fronterizas y los apetitos de las potencias que se lanzaron sobre ella, una y otra vez, para sacar partido de su privilegiada ubicación geográfica?

Como lo refleja el texto del poeta guatemalteco al que hicimos referencia, el ideal de la unión centroamericana seguía abriéndose camino en la vida social y política de nuestros países entre finales del siglo XIX y principios del XX. Y lo hacía, en buena medida, gracias a la existencia de redes intelectuales (Devés-Valdés, 2007) que desde la solidaridad militante forjaban y enriquecían el imaginario unionista. En esta tarea, la activa participación de los unionistas en la prensa escrita, ya fuese en periódicos propios o en revistas regionales como *Repertorio Americano* -una de las más importantes publicaciones articuladoras de redes intelectuales del espacio iberoamericano (Devés-Valdés, 2011)-, se convirtió en una estrategia clave para ampliar el ámbito de difusión



de sus ideas y de interpelación de los distintos actores sociales, a quienes identificaron como protagonistas de la construcción de la Patria Grande centroamericana.

### **Fundamentación del problema**

Desde esta perspectiva, nuestra tesis es que el unionismo de principios del siglo XX constituyó una respuesta original a dos grandes fenómenos que incidían sobre la región, y que llegarían a condicionar su devenir político, económico, social y cultural, al menos durante las siguientes tres a cuatro décadas: nos referimos a la crisis del Estado liberal-oligárquico y al ascenso imperialista de los Estados Unidos. Sobre lo primero, la inserción de las economías centroamericanas en los circuitos del comercio internacional, fundamentalmente por medio de las exportaciones agrícolas, propició lo que Héctor Pérez Brignoli (1989, p. 113) definió como un “crecimiento empobrecedor”, con una participación desigual de los beneficios del comercio y con poca integración de los distintos sectores sociales a las actividades productivas más dinámicas; más allá de lo económico, estos “hondos desequilibrios” se tradujeron “en una vida política de exclusiones”, o dicho en términos metafóricos, “un inmenso monólogo de las clases dominantes consigo mismas”.

En cuanto al segundo fenómeno, la irrupción del imperialismo estadounidense en nuestra región supuso el despliegue de parte de Washington de una política sistemática de injerencia en los asuntos internos de los países del istmo, que incluyó la “disputa de áreas de influencia, intervenciones militares directas o encubiertas con desconocimiento de la soberanía ajena”, para proteger las inversiones de grandes corporaciones y sus prácticas monopólicas, y en general, para provocar “la subordinación de las naciones receptoras de capitales” (Piqueras y Pierre, 2018, pp. 238-239).

Por otra parte, la delimitación del estudio al período 1919-1939 no es antojadiza. Sólo entre 1890 y 1930, es decir, en el período que el historiador Rodrigo Quesada (2012) define como la *era de las intervenciones*, el imperialismo estadounidense realizó más de cuarenta intervenciones en Centroamérica y el Caribe, en las que puso en práctica diversas formas de neocolonización (en Cuba, Puerto Rico y Panamá), ocupaciones militares (en República Dominicana, Haití, Honduras y Nicaragua), apoyo a dictaduras aliadas (Guatemala, El Salvador y Honduras), expansión de compañías monopólicas como la United Fruit Company, y en general, logró que “su influencia sobre esta parte del mundo, no fuera discutida de manera alguna” (p. 159).



Entre la crisis del régimen oligárquico y la gravitación del imperialismo sobre los Estados y pueblos centroamericanos, el pensamiento unionista conoció un tiempo de renovado vigor que situó la conformación de una nueva república federal como horizonte inmediato de la praxis política e intelectual, y en ese empeño, la unidad de los países del istmo se fue perfilando como alternativa contrahegemónica. Esta nueva utopía, en torno a la cual se desplegaron “sinceros esfuerzos por entender y modificar la realidad social centroamericana” (Pérez Brignoli, 1989, p. 123), tuvo como punta de lanza al PUCA, fundado en Guatemala en 1904 por el nicaraguense Salvador Mendieta, aunque ya desde un lustro antes los universitarios guatemaltecos venían trabajando en su creación. A la causa se sumaron, con mayor o menor beligerancia, y no siempre con afinidad plena al programa del PUCA, numerosos intelectuales vinculados, a su vez, a redes mutuamente entrelazadas en el *Repertorio Americano*, como fueron las teosóficas y vitalistas, lo que daba cuenta del tejido diverso y complejo del campo cultural y político centroamericano, y de los espacios de sociabilidad que se consolidaron en la época (Casaús, 2003; Casaús y García, 2009).

### Metodología

Nuestra aproximación a las particularidades del pensamiento unionista se realiza desde la perspectiva de la historia intelectual, lo que nos llevó a optar por un enfoque cualitativo que prioriza el diálogo entre los textos y el contexto de producción y recepción, y por supuesto, que atiende el estudio de las prácticas intelectuales, intervenciones públicas, redes de socialización y los espacios de circulación de las ideas (Chartier, 1992; Polgovsky, 2010; Iglesias, 2016). En términos metodológicos, se construyó un corpus de 17 textos publicados en la revista *Repertorio Americano*, escritos por intelectuales identificados con el movimiento unionista, o bien, que abordaron la temática en sus escritos; a partir de ello, se sistematizaron expresiones significativas y argumentos que dan cuenta de las apropiaciones y disputas del ideario unionista entre los años 1919 a 1939 (incluyendo seis textos que aparecieron entre 1940 y 1944), y en definitiva, de sus contribuciones al imaginario político de la unidad nuestroamericana.

Para el análisis de este material, tomamos como referencia el esquema interpretativo de Teresa García Giráldez (Casaús y García, 2009, pp. 153-154), quien explica que el unionismo estuvo lejos de ser un movimiento monolítico; antes bien, en su evolución durante la primera mitad del siglo XX se distinguen tres vertientes relacionadas con el modelo de unión a la que aspiraban sus integrantes. Al primer modelo de unión, *el panamericanista*, adherían “la mayoría de los liberales centroamericanos que no lo consideraban imposición de una potencia foránea, ni lo identificaban con una propuesta



imperialista, como lo percibían la mayoría de los unionistas”; un segundo modelo, “defendía la patria *chica* y aspiraba simultáneamente a la unión *panhispanista*”, es decir, no veía contradicción entre los proyectos de la patria local y la patria grande de José Martí o José Enrique Rodó, sino que los entendía como complementarios; esta tendencia abrigó ideas

“moderadas y revolucionarias”. Finalmente, el modelo más vinculado orgánicamente al PUCA “consideraba prioritaria la unión centroamericana y sólo en un segundo momento la república panhispanista bolivariana”; y por él propugnaron, entre otros, Salvador Mendieta y Alberto Masferrer, este último asiduo colaborador del *Repertorio Americano* y amigo personal de García Monge y de varias otras figuras de la llamada *nueva intelectualidad* costarricense (Morales, 1995).

Esta caracterización resulta útil para ilustrar las apropiaciones y disputas, los giros y matices del pensamiento unionista de los intelectuales que participaron en los debates de la época. Asimismo, el hecho de que las tres vertientes estuvieran presentes en el corpus de textos seleccionados del *Repertorio Americano*, realza la importancia de la publicación como un foro abierto a la diversidad de la emergente opinión pública centroamericana.

### Resultados y discusión

El clima cultural en el que germinan y se desarrollan las ideas unionistas corresponde a lo que el filósofo costarricense Arnoldo Mora Rodríguez (2008) llama el tiempo de *la maduración intelectual de nuestra América*. Este período coincide, a su vez, con la revolución cultural del modernismo, iniciada en la última década del siglo XIX y que se extendió durante las cuatro primeras del XX. En este proceso convergieron figuras como Martí, Rubén Darío y Rodó, quienes revitalizaron el pensamiento de una región “olvidada y menospreciada culturalmente en el mapa mundial de la política y las letras de la historia universal” (Mora, 2008, pp. 26-27), y que ejercieron una influencia notoria en la intelectualidad centroamericana.

La expresión más acabada, o cuando menos, la que condensó mejor los rasgos de esta generación, fue el *arielismo*, devenido en un amplio movimiento de alcance continental que, en el ámbito político, perfiló un discurso ideológico “típicamente latinoamericano” (Mora, 2008, p. 39), a saber: el nacionalismo antiimperialista, que devino en “sinónimo de latinoamericanismo” contrapuesto al panamericanismo “como ideología imperialista de los gobiernos norteamericanos para impulsar y hacer realidad la doctrina Monroe de 1824” (Mora, 2006, p. 340).



Como actitud filosófica, esta intelectualidad también buscó “un acercamiento hacia nuestros propios problemas”, entre ellos, acaso el más significativo: el de nuestra identidad, dando continuidad así a la pauta martiana expuesta magistralmente en su ensayo *Nuestra América* de 1891; y desde ahí, sus intereses se enfocaron en cuestiones como “la lucha del hombre latinoamericano frente a los retos de la naturaleza y frente a la misera y la explotación, frente a la dictadura y a la ausencia de regímenes democráticos y estados nacionales debidamente organizados” (Mora, 2006, p. 326).

En el caso del pensamiento unionista centroamericano, la tensión provocada por las antinomias entre nacionalismo latinoamericanista e imperialismo, y entre democracia y dictadura, en el contexto del agresivo avance del intervencionismo estadounidense, condicionó las discusiones y la producción discursiva de los intelectuales: de tal suerte, durante un poco más de veinte años, el debate sobre la unión y la regeneración de las sociedades centroamericanas no se desligó de la gravitación de la potencia del norte sobre el istmo, que para unos representaba la mayor amenaza a nuestra existencia, y para otros, una oportunidad civilizatoria.

Precisamente, la visión panamericanista de la unión centroamericana, vinculada a los sectores oligárquicos y políticamente cercanos a las tesis de los conservadores, quedó atrapada en esta última lógica: es decir, en lo que José Martí llamó el *falso dilema* entre civilización o barbarie. La supuesta tragedia de nuestro atraso frente al avance material encarnado en los centros del poder y la cultura noratlánticos, devenidos en referentes o modelos a seguir para nuestros pueblos, fue el prisma con el que algunos intelectuales valoraron las posibilidades de la unión regional.

En el corpus de *Repertorio Americano* encontramos esta tendencia ejemplificada en dos escritos del abogado, historiador y diplomático guatemalteco Virgilio Rodríguez Beteta. En el primero de ellos, titulado “Algo acerca del problema centroamericano”, del año 1926, el autor ensaya una mirada interpretativa de los intentos de unificación que, a lo largo de nuestra historia, tropezaron una y otra vez con el caudillismo y los intereses localistas, “siempre superiores en la práctica a un idealismo que no puede penetrar al corazón de masas empobrecidas de siglos, anémicas de sufrimiento y estatismo ancestrales” (Rodríguez, 1926, p. 50).

El error en Centroamérica, sostenía este autor, estribaba en la obsesión por “rehacer la obra” morazánica, cuando lo que procedía era buscar la unidad por otras vías diferentes a las ya transitadas. La cuestión de fondo, decía el guatemalteco, era un asunto de



*civilización*, y desde esa perspectiva, el problema centroamericano radicaba en nuestro “aislamiento respecto a Europa, Estados Unidos y los grandes centros de civilización; aislamiento lo mismo del orden material que del espiritual e intelectual” (Rodríguez, 1926, p. 50). En su opinión, era imprescindible desaislar la región “por medio de una intensa comunicación con el resto del mundo, que permita a sus clases dirigentes y a sus políticos rectificar sus ideas prejuiciosas y estrechas y que permita hacer llegar a su suelo partidas considerables de inmigrantes sanos” (Rodríguez, 1926, p. 51).

La idea de civilización de Rodríguez denota una fuerte influencia del binomio orden y progreso de larga tradición en América Latina desde mediados del siglo XIX. Sin obra material, no se podía aspirar a la obra cultural y espiritual de apertura al mundo, aunque ello supusiera nuevas exclusiones y segregaciones, o la prolongación de los prejuicios raciales ya existentes:

*Los caminos ocupan el primer lugar en toda obra política de transformación de cada uno de los países de Centro América y su refundición futura en un solo país. Caminos entre aldea y aldea, entre campo y campo, entre ciudad y ciudad, entre Estado y Estados. Y al mismo tiempo, caminos abiertos a las cuatro partes del mundo, y a todas las inspiraciones. Caminos de aire, de hierro, de agua, de automóvil. Hay que evitar que nos arrase la mentalidad indígena que informa el ambiente ancestral de nuestra vida mediocre y amurallada (Rodríguez, 1926, p. 51).*

El hecho de que la herencia cultural e identitaria indígena fuera connotada negativamente en el discurso panamericanista, especialmente en un país con las características poblacionales de Guatemala, resulta problemático para la formulación de un proyecto civilizatorio que se pretenda tal, como no sea que la cuestión indígena se asuma, a priori, como un obstáculo que debe ser eliminado.

Otra dimensión controvertida del unionismo panamericanista fue su silencio sobre el impacto del imperialismo en Centroamérica, motivado quizás por el reacomodo global de fuerzas e intereses geopolíticos en el período de entreguerras, pero también porque, en el fondo, la dominación estadounidense estaba lejos de ser considerada un escollo. En este sentido, resulta reveladora la posición que asume Rodríguez Beteta en 1940 en Chile, ejerciendo funciones como embajador del gobierno del General Jorge Ubico - aliado de Washington-, durante un evento celebrado en el Instituto Chileno-Costarricense de Cooperación Intelectual, de la Universidad Nacional de Chile. En su discurso, el diplomático guatemalteco se lamentaba de que Centroamérica hubiese sido “la Cenicienta de la colonia”, sobre la que se abalanzaron “todos los piratas de la tierra (...) para mejor dominar los dos océanos” (Rodríguez, 1940, p.140), pero omitía trasladar



ese diagnóstico al siglo XX para denunciar las prácticas que, con idénticos propósitos de dominio, había ejecutado Washington para garantizarse el control de las rutas interoceánicas en Panamá y Nicaragua, y con ello, el control del istmo.

No obstante, lo anterior, el unionismo también conoció vertientes emancipadoras, especialmente entre aquellos intelectuales provenientes de las clases medias quienes, influidos por el antiimperialismo, el reformismo y la tesis revolucionarias, alcanzaron mayores afinidades políticas e ideológicas con los sectores populares.

Para este grupo, Centroamérica estaba llamada a cumplir una misión clave en el proyecto más amplio de la unidad latinoamericana, y ese movimiento no podía ser comprendido sino era en relación permanente con la lucha de los pueblos por preservar su independencia y soberanía frente a las pretensiones de los Estados Unidos. En esta tesitura, encontramos aportes innovadores al ideario de la integración de nuestra América, que intentaremos reseñar a continuación.

En enero de 1921, pocos meses después del congreso unionista celebrado en San José, García Monge publicó en su revista el texto de un discurso pronunciado por el pedagogo y escritor salvadoreño Alberto Masferrer (una de las figuras claves del PUCA), en el Teatro Principal de San Salvador, recién el 11 de noviembre de 1920.

En su alocución, Masferrer, un connotado exponente del vitalismo, propuso una serie de puntos medulares que debían orientar la agenda política de la unión: verdad, justicia, transformación social “honda, reparadora, equitativa y estable”, y auténtica representación, a la que solo se llegaría por medio de una Asamblea Constituyente que fuera “la expresión real de todos los intereses y aspiraciones” de los centroamericanos, y que legislara “no para los griegos, ni para los romanos, ni para los ingleses, ni para los suizos, ni los yanquis, ni los franceses, sino para NOSOTROS, CENTROAMERICANOS, siguiendo todas nuestras modalidades físicas, sociales, mentales y económicas” (Masferrer, 1921, p. 145).

Masferrer declaraba así una ruptura con la lógica de representatividad restringida de la democracia liberal burguesa y con las formas de ejercicio del poder que, hasta entonces, había dominado la conformación de los estados nacionales en la región.

Su propuesta incorporaba al pensamiento unionista centroamericano, y latinoamericano, en su más amplio sentido, una perspectiva hasta entonces



inédita, toda vez que ubicaba como sujeto político de la unión no a las élites ilustradas, a los militares o a las oligarquías económicas, sino a los trabajadores:

*El hombre es un trabajador: consume en cuanto trabaja; contribuye al incremento social o a su degeneración, según la cantidad, la calidad, la modalidad y el uso del trabajo; y lo que le interesa y necesita por encima de todas las cosas, cuando se constituye en nación, en colectividad, es que se le contemple como un trabajador en relación con otros trabajadores (p. 146).*

La Asamblea Constituyente que, en palabras de Masferrer, sería “capaz de realizar la palpitante aspiración de justicia, de orden y de armonía que para todos nosotros simboliza la Unión”, y de traer “la paz, la libertad y la justicia”, debía ser expresión de la voluntad de los “trabajadores asociados en gremio; y representados por trabajadores que conozcan íntimamente, de vida, de experiencia, aquello que cada gremio puede dar, y aquello que mínimamente puede exigir” (p. 146). La nueva patria, aseguraba, se fundaría sobre *los principios del común pensar y del común sentir*: no sería “obra de teóricos ni de soñadores”, tampoco “copia de otros pueblos, ni experimento de otras razas”, y mucho menos “fortín erigido para defender los negocios de una clase o de un grupo”; por el contrario, sería “el fruto de nuestra propia experiencia, substracto de nuestra propia mentalidad y de nuestra idiosincracia; muralla inexpugnable, guardadora de nuestros intereses de trabajadores y ciudadanos” (p. 146).

El acento martiano de las ideas del maestro salvadoreño es inocultable, sobre todo por su interpelación para hacer *del pensar y el mirar propios*, los puntos de partida de la praxis política de la unión. Esta influencia también se advierte en otros autores del *Repertorio Americano*, incluido su editor, quien en un texto de setiembre de 1921 (uno de los pocos de su autoría que llegó a publicar en la revista), hizo una suerte de profesión de fe de su unionismo panhispanista bajo una consigna contundente: “vamos hacia la América una” (García Monge, 1921, p. 29).

Evocando el significado de la Guerra Centroamericana de 1856-1857, en la que los ejércitos de nuestros países derrotaron la avanzada imperialista y esclavista que lideró el filibustero estadounidense William Walker, García Monge (1921) sostenía que Centroamérica había adquirido con estos hechos “un sentido internacional en el Continente”, y más claramente aún, “la conciencia de un cargo que cumplir en los destinos de nuestra América”, como región “abierta a los intereses de la civilización occidental”; pero a diferencia de las tesis panamericanistas, el



costarricense rechazaba la gravitación imitativa alrededor de los centros civilizatorios, o peor aún, la posibilidad de convertirnos “en factorías de los pueblos mercaderes y codiciosos”; el nuestro, decía, era un destino de “tierras de libertad para humanidades ansiosas de mejorar su vida y no tan sólo de hacer negocios más o menos lucrativos, o de explotar nuestros recursos naturales” (García Monge, 1921, p. 30).

Una expresión más radical que la de Masferrer y García Monge, en términos de la defensa de lo que podría llamarse *el destino soberano de la Centroamérica unida*, la encontramos en el hondureño Froilán Turcios, poeta, periodista y defensor político de la causa de Augusto César Sandino en Nicaragua, de quien incluso fue su secretario personal. En un artículo de 1923, titulado “Por la autonomía de Centroamérica”, Turcios se oponía a la aprobación de la Convención de Washington -también conocida como Tratado General de Paz y Amistad- por parte del gobierno de Tegucigalpa, en tanto entendía que ese instrumento formalizaría la tutela diplomática de Estados Unidos sobre la región. Con un fuerte alegato antiimperialista, denunciaba que la principal amenaza para la patria centroamericana era “la despótica garra de hierro, abierta sobre nosotros desde la

Casa Blanca de Washington, que de símbolo preclaro de la libertad, se ha convertido, para las pequeñas nacionalidades del Caribe, en siniestro emblema de destrucción y muerte” (Turcios, 1923, p. 217).

Este unionismo antiimperialista, de raíz latinoamericanista, también encontró eco y solidaridad más allá de la región, e inspiró planteamientos audaces que, a casi un siglo de distancia, se nos revelan como deudas pendientes en los campos de la educación y la cultura, en general, en nuestra América. Así, en noviembre de 1923, el filósofo y ensayista mexicano Antonio Caso demandaba a los intelectuales de región acciones inmediatas para avanzar hacia la “Anfictionía Iberoamericana”, ruta en la cual se imponía realizar “lo próximo y hacedero: el ‘centroamericanismo’, esto es, la consecución de una síntesis de los intereses espirituales y materiales de *la América más nuestra*, de la América ístmica” (Caso, 1923, p. 145).

Frente al imperialismo estadounidense, el escritor oponía como alternativa el centroamericanismo urgente. Si Estados Unidos representaba “el poder máximo del imperialismo anglosajón; el misticismo racial victorioso en los comienzos de la centuria que alcanzamos”, la unión de los pueblos de Centroamérica constituía la defensa de “la deseada y lejana anfictionía”, necesaria para forjar “una confiada, honda y perdurable labor de hermandad intelectual y moral” (Caso, 1923, p.



145). A partir de este diagnóstico, Caso propuso la creación en México de una Universidad Centro Americana que permitiera sentar bases serias para “la realización de la comunidad espiritual centroamericana”, nuestra *Ciudad del Porvenir*; en su perspectiva, la integración con los pueblos centroamericanos era parte del destino de México: “por el norte, nunca nos asimilaremos (...), en cambio, por el sur, la cultura es la propia; igual el alma” (pp. 145-146).

Como se puede apreciar, la cultura fue una preocupación recurrente de los intelectuales en sus reflexiones sobre la unión de Centroamérica, más aún ante el recrudecimiento de la ocupación militar estadounidense en Nicaragua. En marzo de 1927, precisamente el año del alzamiento de Sandino en las montañas de Las Segovias, Masferrer (1927a) envía al *Repertorio Americano* sendos artículos en los que denunciaba “la actitud mental y material de los pueblos centroamericanos ante los Estados Unidos”, su servilismo ante la potencia del Norte y, en definitiva, su incapacidad para advertir que la región estaba amenazada “de absorción definitiva y total”, pues en el conflicto nicaraguense no se dirimían sólo disputas entre facciones locales, “sino la vida misma de todo el Istmo, la independencia de los cinco Estados Centroamericanos, desde luego, y para más allá, no mucho, la de Colombia, la de Venezuela, la del Ecuador, y la de México” (p.130).

Con evidente preocupación, Masferrer (1927) proclamaba que había llegado “para este continente, para los cien millones de indo-hispanos que lo habitan, la hora del crujir de dientes”, porque “las fauces del Cocodrilo Imperial, se han abierto desmesuradamente para tragarse al mundo hispanoamericano” (p. 130). Su generación, explicaba, por fin comprendía que “el imaginado ángel de la guarda, es solamente uno que sabe convertir en oro nuestra confianza y nuestro candor”, por lo que América Latina no podía “esperar su salvación sino de sí misma, y que sólo traidores o dementes insistirán en buscar la sombra pérfida de aquella mentida amistad, para dar abrigo a nuestro bienestar y a nuestra cultura (Masferrer, 1927b, p. 290).

En junio de ese mismo año, encontramos en el *Repertorio* una carta del poeta y ensayista guatemalteco Carlos Wyld Ospina, dirigida a los periodistas Antonio Escoto y Efrén Castillo, director y jefe de redacción, respectivamente, del diario *La Idea* de Quetzaltenango, en la que confesaba su pesadumbre “en lo que atañe al provenir de Centro América frente al imperialismo de los Estados Unidos del norte”; y les explicaba: “Creo que si es temible el enemigo externo, más temible resulta el enemigo interno, esto es, nuestro indiferentismo, traducido en cierta voluntad negativa de dejarnos tragar por el ogro sin más protesta que un encogimiento de hombros” (p. 380).



Para Wyld Ospina, esa complicidad con “las maquinaciones brutales de la Casa Blanca” se expresaba con claridad en la clase adinerada de nuestros países, que simpatizaba “sin rebozo con todo lo que es yanqui”, y se entregaba sin mayor reparo a la colonización cultural:

*[Esa clase] Hace gala de hablar en inglés a sus paisanos, imita las modas, usos y costumbres de nuestros enemigos (...); prefiere la mercadería Made in USA a cualquier otra y compra cuanto puede a los comerciantes nórdicos; lee periódicos, libros y magazines yanquis; hace viajes dispendiosos a Nueva York y California, en donde malbarata sus haberes, y llega en ocasiones a cambiar su ciudadanía centroamericana por la yanqui (p. 380).*

Resulta evidente, pues, que la lucha antiimperialista de Sandino en Nicaragua determinó un giro decisivo en los posicionamientos unionistas desde finales de la década de 1920 y durante buena parte del decenio siguiente (incluso más allá del asesinato del guerrillero, perpetrado en 1934), toda vez que ya no era posible evadir las sombras que oscurecían *el porvenir de Centroamérica*, al decir de Wyld Ospina.

En esa coyuntura, las figuras más relevantes de la intelectualidad orgánica del PUCA se abocaron a la difusión de manifiestos que interpelaban a la acción inmediata.

Este fue el caso del Núcleo Nacionalista La Joven Centroamérica, conformado por Napoleón Viera Altamirano, Rafael Viana, Alfredo Parada, Salvador R. Merlos, Ricardo Adán Funes, Alberto Masferrer y Francisco Morán, quienes lanzaron un manifiesto en San Salvador el 1 de agosto de 1927, y que apenas un mes más tarde apareció publicado en *Repertorio Americano*. El mensaje de los unionistas partía de una constatación: Centroamérica había dejado de ser “una nacionalidad o un grupo de nacionalidades”, para convertirse en “una propiedad que el capital extranjero se apresura a comprar o tomar por la fuerza de las armas” (Viera, 1927, p. 161).

Su pronunciamiento denunciaba, además, una serie de problemas sociales y económicos que mantenían a nuestros pueblos en un estado de postración, “librando una batalla diaria para sostener la vida”, lo que no les permitía “hacer frente a la invasión multiforme del extranjero, quien llega ya preparado y sabedor de que le será muy fácil despojarnos”; para el grupo nacionalista, esta delicada situación era “en gran parte un estado de la mente centroamericana” (Viera, 1927, p. 162), razón por la cual proponían un plan de regeneración social y espiritual que incluía, entre otros, los siguientes aspectos: la rectificación “de todo cuanto signifique actividad esencial del vivir” en



escuelas, universidades, templos y centros de trabajo; la atención de los problemas sociales como el alcoholismo, la prostitución y el juego; la reforma de la Hacienda Pública y la reorganización del crédito bancario; la organización de “la producción agrícola e industrial como un medio de elevar las condiciones de vida de nuestras masas trabajadoras y abrir oportunidades a la acción de nuestro capital”; el avance en los procesos legislativos y diplomáticos que facilitarían la organización de la Federación Centroamericana; y finalmente, “la renovación cultural de nuestros pueblos, redención que consideramos como el único medio para alcanzar la unidad” (Viera, 1927, pp. 162- 163).

El manifiesto de los unionistas tuvo repercusión entre la intelectualidad centroamericana y caribeña. En octubre de 1927, el escritor y periodista dominicano Federico Henríquez y Carvajal escribió una carta pública para los integrantes de La Joven Centroamérica, reproducida por García Monge en el *Repertorio*, en la que les expresaba su respaldo y coincidía en que la presencia de los Estados Unidos era el principal desafío que enfrentaba Centroamérica en el camino hacia su unión, y sentenciaba: “Hay que desasirse de esa mano. Esa mano es la garra del águila. (...)”

La hora es la de la juventud. La hora es del nacionalismo. La hora es de la solidaridad interamericana (Henríquez y Carvajal, 1928, p. 355).

Los años finales de la década de 1920 en Centroamérica fueron de gran agitación política, como consecuencia de la intervención estadounidense, pero también por el impacto de la crisis capitalista de 1929. Los unionistas no fueron indiferentes a ninguna de estas circunstancias, como lo hemos visto ya; antes bien, comprendieron que, en las turbulencias de la época, su deber era ofrecer respuestas, construir alternativas. Quien mejor logró encarnar ese talante ético en las páginas del *Repertorio* fue el salvadoreño Masferrer: en un artículo de 1929, titulado “La Misión de América”, exhortaba a enterrar la América “débil, desunida, parcelada y mezquina”, para hacer surgir de sus cenizas “la *América Nueva*, fuerte, unida, concorde”, y declaraba con vigor:

*América ya no es una expresión geográfica, sino una expresión moral. América es una Fe y un Propósito. América es el credo político, social y espiritual de los Hombres Nuevos: de los que ya no quieren asfixiarse en los pantanos de las patrias minúsculas, misérrimas, inermes, sobre las cuales todo insolente poderoso escupe y defeca, haciendo que los esclavos adoren su defecación (Masferrer, 1929, p. 3).*



Durante casi cuatro años, Masferrer trabajó sobre la idea de la refundación de América y en 1932 envió a García Monge su Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispano-Americana. En el documento, se perfila un pensamiento de avanzada en términos de la integración política, económica, social y hasta militar de América Latina, en torno a varios elementos centrales, entre los que destacan la aspiración de crear “una nueva cultura, que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad”; la satisfacción de las necesidades primordiales de los hispanoamericanos; la conformación de una “Economía de cooperación, que sustituya a la Economía individualista, raíz y ambiente de los odios internacionales, y generadora del hecho monstruoso de que el bienestar de unos hombres se asiente sobre la ruina de los otros”; la garantía de la primacía del derecho al trabajo “sobre todos los demás derechos e intereses, porque la vida íntegra no puede realizarse sin el trabajo”, y finalmente, el establecimiento del “salario mínimo vital para los campesinos y obreros” (Masferrer, 1932, p. 55). La unidad no era posible sin resolver, al mismo tiempo, la acuciante cuestión social y económica que estaba en el centro de los problemas históricos de los pueblos de nuestra América.

### Reflexiones finales

El texto del ambicioso proyecto de Masferrer se publicó pocos meses antes de su muerte, acaecida en San Salvador el 4 de setiembre de 1932. Su situación de salud había entrado en franca decadencia como resultado del impacto emocional y físico que le provocó el clima de violencia y persecuciones desatado en el contexto de la llamada *matanza de Izalco*, perpetrada en febrero de ese año por el ejército salvadoreño y por las milicias oligárquicas, a las órdenes del General Maximiliano Hernández Martínez, contra dirigentes y militantes del Partido Comunista, trabajadores urbanos, y especialmente indígenas y campesinos en las zonas rurales del país. Un auténtico etnocidio que le costó la vida a casi 32.000 personas.

Con Sandino batallando todavía en Nicaragua contra los *marines*, esta masacre inauguró un nuevo período de la historia centroamericana, bajo la lógica de un feroz realismo político que afectó considerablemente a la organización unionista. El idealismo de aquella generación de intelectuales conoció entonces la crudeza de los poderes fácticos que se instalaron para gobernar en prácticamente todo el istmo durante más de medio siglo, como lo confirmó el ascenso de dictaduras militares en Guatemala (Jorge Ubico), Honduras (Tiburcio Carías) y Nicaragua (Anastasio Somoza).



El drama del unionismo quedó bien retratado en las palabras de la intelectual y militante comunista costarricense Carmen Lyra (1932, p. 179), en su homenaje póstumo a Masferrer, a quien recordó como un hombre bueno, que persiguió toda su vida la unión de Centroamérica “con razones corteses, [pero] sin recordar que allí no más están los Estados Unidos para imponerla si así conviene a las compañías bananeras yanquis o a la apertura del Canal de Nicaragua, o para impedirla si no les conviene”.

En el *Repertorio Americano*, el deceso de Masferrer simbolizó también el declive de la presencia de la temática unionista en sus páginas. La sistematicidad con la que se recibieron y publicaron colaboraciones en el período de 1921 a 1932, dio paso a la aparición esporádica de artículos y comentarios que daban cuenta de la forma en que el unionismo se difuminaba en medio de las nuevas realidades geopolíticas, que acabarían por reconfigurar el sistema mundial en la segunda mitad del siglo XX.

En 1938, por ejemplo, el salvadoreño José Mario Saravia convocó a una movilización de estudiantes que recorrería todos los países del istmo hasta llegar a Panamá, coincidiendo con la celebración de los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe en la capital de ese país. No hemos encontrado evidencia de que tal marcha se efectuara, pero sí sabemos que García Monge publicó el mensaje que dio el líder estudiantil en una radioemisora de San José, y en el que, con una pomposa retórica, llamaba a periodistas, estudiantes e intelectuales a construir, de nuevo, la República Centroamericana (Saravia, 1938, p. 222). Y en 1941, el nicaraguense Salvador Mendieta, fundador del PUCA, atenuaba las críticas al imperialismo estadounidense cuando afirmaba que “todos los unionistas somos ardientes y decididos demócratas, simpatizadores de Roosevelt, de Churchill”, y ligaba la suerte del unionismo con la causa de la democracia frente al totalitarismo, “para contribuir a la liberación de la humanidad y para establecer en el Centro de las América y del mundo *una república verdadera, de ancha base democrática, de justa organización social, de vibrante idealismo humano*” (p. 215).

El desenlace de la guerra determinó las posibilidades del proyecto unionista. O cuando menos, definió sus contornos posibles frente a la hegemonía de los Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe. En este sentido, el costarricense Ricardo Carballo escribía en junio de 1942: “Los centroamericanos tenemos ante nosotros el terrible drama: ser o no ser... O llegamos a tener algún día derecho de gente, o nos hundimos cada vez más en el adormecido pantano” (p. 167); y un mes después, el abogado y escritor hondureño Alfredo Trejo (1942, p. 238), en un breve comentario, complementaba esa perspectiva,



un tanto escéptica, al afirmar que la unión de Centroamérica, de darse, sería “un acontecimiento de la postguerra”, cuando se multiplicarían los bloques o uniones regionales, toda vez que el conflicto bélico había evidenciado “la lastimosa insignificancia de los países débiles”.

Hacia el final de la era de las intervenciones imperiales, la ansiada unión, la nueva federación centroamericana, estaba lejos de concretarse, y no sería sino hasta el año 1960, con la creación del Mercado Común Centroamericano, que la región conocería un atisbo de aquel sueño. Esta vez, sin embargo, la unidad de los países del istmo se pensaría desde el horizonte modernizador del desarrollismo, y no desde el ideario y las travesías intelectuales de los unionistas de las primeras décadas del siglo.

Pese a esto, la importancia del unionismo en el desarrollo social centroamericano está fuera de toda duda. En repúblicas políticamente inestables, que se movían -y se mueven todavía- entre el autoritarismo y la dictadura descarnada, entre la existencia de instituciones democráticas débiles y el predominio de los intereses de las oligarquías, los unionistas no dejaron de abogar por la democratización profunda de nuestras sociedades en todos los espacios que tuvieron a su alcance, gracias a la difusión de sus ideas en los medios de prensa que circulaban en la incipiente esfera pública regional. Asimismo, los diálogos y vinculaciones que establecieron sus promotores con redes intelectuales y revistas de alcance continental -como *Repertorio Americano*-, fueron decisivos para la consolidación del unionismo como movimiento social, para la proyección de un pensamiento crítico y original en el ámbito latinoamericano, y para la prolongación en el tiempo de una utopía que sigue viva, y que en el ahora lejano año de 1944, Rafael Heliodoro Valle, el escritor hondureño radicado en México, enunciara con estas palabras:

*Centroamérica tiene todo lo que necesita para resurgir un día como unidad política y económica. Sus cinco países no niegan el común origen y la común tragedia; está viva la realidad geográfica (...), y en ese panorama laten las riquezas naturales que son envidia del mundo; brillan mentes claras, hay sensibilidades finas para el arte y cerebros puros para la ciencia; hay materiales numerosos para construir una gran patria, en el centro prodigioso de nuestro hemisferio (p. 191). Heredia, Costa Rica, noviembre de 2019.*

### Referencias bibliográficas

Arévalo Martínez, R. (1923). El deseo de unión de los centroamericanos. *Repertorio Americano*, 7 (4), pp. 62-63.



- Carballo, R. (1942). Acerca del centroamericanismo. *Repertorio Americano*, 39 (11), p. 167.
- Casaús, M. (2003). Las influencias de las redes teosóficas en la opinión pública centroamericana (1920-1930). *Caleidoscopio*, 13, pp. 43-87.
- Casaús, M. y García, T. (2009). *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*. Guatemala: F&G Editores.
- Caso, A. (1923). La Universidad Centroamericana. *Repertorio Americano*, 7 (10), pp. 145-146.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Devés-Valdés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados - Universidad Santiago de Chile.
- Devés-Valdés, E. (2011). Las redes de la intelectualidad periférica entre 1920 y 1940: Intento de una cartografía y de un planteamiento teórico. *Cuadernos del CILHA*, 12 (14), pp. 89-105.
- Fonseca, E. (2001). *Centroamérica: su historia*. San José, C.R.: EDUCA.
- García Monge, J. (1921). Ante el Monumento Nacional. *Repertorio Americano*, 3 (3), pp. 29-31.
- Henríquez y Carvajal, F. (1928). Nacionalismo. El ideal centroamericano. *Repertorio Americano*, 16 (23), p. 355.
- Iglesias, D. (2016). El aporte del análisis de las redes sociales a la historia intelectual. *Historia y Espacio*, 13 (49), pp. 17-37.
- Lyra C. (1932). El retrato que yo me he hecho de Alberto Masferrer. *Repertorio Americano*, 25 (12), pp. 177-179.
- Masferrer, A. (1921). Conferencias unionistas. *Repertorio Americano*, 2 (11), pp. 145-146.
- Masferrer, A. (1927a). En la hora del crujir de dientes (I). *Repertorio Americano*, 14 (9), pp. 130-131.
- Masferrer, A. (1927b). En la hora del crujir de dientes (II). *Repertorio Americano*, 14 (19), pp. 289-290.
- Masferrer, A. (1932). La misión de América. Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispano-americana. *Repertorio Americano*, 24 (4), p. 55.
- Mendieta, S. (1941). Demócratas y totalitarios en el interior de Centroamérica. *Repertorio Americano*, 38 (14), p. 215.



- Mora, A. (2006). *La filosofía latinoamericana: introducción histórica*. San José, C.R.: EUNED.
- Mora, A. (2008). *El arielismo: de Rodó a García Monge*. San José, C.R.: EUNED.
- Morales, G. (1995). *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880- 1914*. Heredia: EUNA.
- Palti, E. (2007). La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina. *História Unisinos*, 11 (3), pp 297-305.
- Piqueras, J. y Pierre, G. (coords.) (2018). *La irrupción del imperio. El Caribe y América Central bajo el dominio del capital norteamericano (1898-1940)*. México D.F.: Ediciones Akal.
- Polgovsky, M. (27 de octubre de 2010). La historia intelectual latinoamericana en la era del “giro lingüístico”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/60207>
- Quesada, R. (2012). *América Latina 1810-2010: el legado de los imperios*. San José, C.R.: EUNED.
- Rodríguez Beteta, V. (1926). Algo acerca del problema centroamericano. *Repertorio Americano*, 12 (4), pp. 50-52.
- Saravia, J. (1938). La unión centroamericana (I). *Repertorio Americano*, 35 (14), pp. 222-223.
- Trejo Castillo, A. (1942). Acerca de la unión centroamericana. *Repertorio Americano*,
- Turcios, F. (1923). Por la autonomía de Centroamérica. *Repertorio Americano*, 6 (15), pp. 217-219.
- Valle, R. (1944). Día de Centroamérica. *Repertorio Americano*, 41 (12), pp. 190-191.
- Viera, N. (1927). Mensaje del Grupo Nacionalista La Joven Centroamerica a los Unionistas Centroamericanos. *Repertorio Americano*, 15 (11), pp. 161-163.